

DOMINIO

DE LA

FILOSOFIA CRISTIANA

EN LAS CIENCIAS, EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE

CONFERENCIA SOBRE ESTA MATERIA LEÍDA POR EL SR. DR.

D. GABRIEL ROSAS

Procurador general de la Nación y Profesor de Derecho Penal, con ocasión de la clausura de estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, celebrada el 10 de Diciembre de 1902



BOGOTÁ
IMPRENTA NACIONAL
1903



DOMINIO

DE LA

FILOSOFIA CRISTIANA

EN LAS CIENCIAS, EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE
CONFERENCIA SOBRE ESTA MATERIA LEÍDA POR EL SR. DR. D. GABRIEL ROSAS
PROCURADOR GENERAL DE LA NACIÓN Y PROFESOR DE DERECHO PENAL,
CON OCASIÓN DE LA CLÁUSURA DE ESTUDIOS DE LA FACULTAD DE
DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS, CELEBRADA EL
10 DE DICIEMBRE DE 1902

Excmo. Sr. Delegado de Su Santidad, Sr. Ministro de Instrucción Pública,
Sr. Rector de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Sres. Profesores
y alumnos:

Se me ha honrado con el importante encargo de hacer la oración con que han de cerrarse las tareas de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas en el presente año. Confiado en vuestra indulgencia he aceptado este honor y procedo á cumplir mi promesa.

I

Habíase temido que durante el período nefasto que ha enlazado en Colombia las postrimerías del siglo XIX con los albores del XX, permanecieran cerradas á los generosos anhelos de la juventud las puertas de la Universidad. Y ciertamente, no era posible el estudio, de suyo amador de tran-

quilidad y reposo, entre el estruendo de los combates y las dolencias de la Patria, ni que le amparase la acción oficial, tan vivamente y de continuo embargada por el deber de la defensa nacional. Conjurada, empero, en los puntos más amenazantes la tormenta revolucionaria, las dianas de no interrumpidas victorias, á la vez que inflamaron las esperanzas del patriotismo, fueron parte á que principiase casi á mediados del año el movimiento intelectual que hoy se suspende.

No es de esta ocasión ponderar las dificultades diversas con que hubo de lucharse para la apertura de los estudios. La guerra y sus amargos frutos las patentizan, y con mayor elocuencia que en otras contiendas pasadas, porque jamás la nave del Estado habíase visto tan gravemente herida por ondas solevantadas en sus propias aguas, ni conturbada por tempestades formadas bajo cielos extraños, en nombre de una solidaridad que el Derecho y la Razón reprueban. Mas es verdad también que el divino Piloto, árbitro de las tormentas del lago bíblico, y de cuantas se han suscitado en el mundo, ha salvado aquella perseguida nave, con tal solicitud y bondad, que mientras en otras ocasiones su providencia se ha mostrado tras velos más ó menos transparentes, la hemos palpado en estos tiempos, no obstante nuestras flaquezas, de modo maravilloso. Tal parece que Cristo, airado contra los enemigos de su causa en el Viejo Mundo y en muchas naciones del Continente americano, quienes desde los antrós de las sociedades secretas le hacen guerra implacable, ha querido transplantar á nuestro suelo, para que eche hondas raíces y se levante y florezca, el árbol de la libertad y de la ciencia cristianas, hacer de nosotros su pueblo, como en otro tiempo á Israel, y castigar á las naciones rebeldes con el azote de gobiernos cesaristas ó de turbulentas democracias ó con el embaimiento de los progresos materiales.

¡Qué asunto, señores, tan fecundo para el hombre pensador, y tan propicio á los progresos de la fe y del patriotismo! Si las legiones del Gran Rey en el mundo helénico, y los soldados de Alarico á las puertas de Roma fueron á su modo despertadores de la conciencia nacional y estímulo para salvar la ciencia y el arte y la libertad y la civilización, las violentas sacudidas que ha sufrido Colombia bajo la espada revolucionaria heraldos son de vigoroso renacimiento

y de paz hermosa y duradera; y ya columbramos auroras que nos invitan al trabajo, á la reconstrucción del organismo social, á deleitarnos en los campos del saber, á dar animoso vuelo á la inspiración de nuestros vates, sofocada por la desgracia, ó reducida á exhalar doloroso gemido, y, sobre todo esto, á la concordia cristiana, secreto precioso de nuestro porvenir, donde hallaremos saludables remedios para los males que nos afligen.

II

Mucho habrá de narrar la historia sobre esta época infortunada, ora al señalar sus múltiples causas, directas unas y lejanas otras, ya cuando describa los innúmeros campos donde se ha derramado sangre colombiana; mas en aquel libro brillante, en medio de sus cuadros sombríos, virtudes eximias y hechos gloriosos. Veráse que el huracán revolucionario, lejos de enervar nuestra esperanza en la estabilidad de las instituciones cristianas, le dio vigor é incontrastable firmeza.

Entre los ejemplos de labor cívica, no menos memorables que los que ha presentado el campo de Marte, digna será de loor, como ha de serlo de reconocimiento en nuestros días, la del joven que, movido de amplio ideal católico, y acariciado por bien merecida gloria literaria, subió las gradas del Capitolio, para restañar en el Ministerio de Instrucción Pública, con el bálsamo de las Letras, las hondas heridas de la Patria. Porque él ha promovido la apertura de las escuelas municipales; ha estimulado el planteamiento de nuevos institutos de enseñanza en los Departamentos; ha provisto á la necesidad que tenemos de maestros hábiles y virtuosos; ha dado noble impulso á los cultivadores del arte; ha dirigido cariñosa mirada á la Academia de la lengua, laboriosa é ilustre en otro tiempo, y no ha mucho inauguró, en fiesta espléndida, la Academia de la Historia. Cuando este instituto exhiba, ordene y depure los documentos de nuestra vida nacional, en cuyo olvido se halla la causa de lamentables errores, y cuando á la luz de estas fuentes aparezca la filosofía de nuestra historia, maestra severa de las generaciones nuevas, podrá apreciarse en todo su mérito el celo del joven Ministro por el engrandecimiento de la Patria.

Y tened en cuenta, señores, que no he mencionado otras interesantes providencias ni sus esfuerzos en la reconstrucción del Colegio del Rosario, cuya ruina vandálica le conmovió hondamente. Aquellos claustros venerandos han tornado á recibir la luz del Angel de las Escuelas, luz del renacimiento de Colombia á las puras regiones de la verdad y de la virtud, y allí su preclaro Rector, tan versado en las disciplinas escolásticas, como asiduo cultivador de las ciencias y de los estudios clásicos, aguarda con paternal cariño á la numerosa juventud que después de tantos días perdidos para el cultivo de su espíritu, ha de acorrer á saciar su sed de verdad en las fuentes siempre puras y cada día más deleitosas de la Filosofía cristiana.

Todas las facultades universitarias han sido objeto del celo y constante solicitud del Ministerio de Instrucción Pública, y en cuanto á la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, no sólo se han reorganizado sus cursos, sino que por medio de conferencias mensuales, recitadas en sesiones públicas, se han dado á los alumnos lecciones sobre temas de importancia trascendental. La autoridad y la soberanía han sido asuntos tratados de modo magistral, y en la debatida cuestión sobre el origen del poder público diónos el orador solución luminosa, precedida de argumentos no menos nítidos, que expuestos y encadenados con vigor dialéctico. El proceso del Derecho y la Jurisprudencia, desde su génesis en el pueblo helénico hasta su perfeccionamiento en las edades cristianas, fué nos leído en la última conferencia, ejemplar de erudición, de alto espíritu filosófico y de pulcritud literaria.

¿ Y qué os diré del hermoso discurso, que hubiera prohiado Bossuet, sobre la libertad humana, cuestión de palpitante interés en los presentes días? Su autor no nos la presenta armada de cuchilla ó de tea incendiaria, ó vestida de esas galas deslumbradoras é insidiosas con que la exhiben los tribunos y los hierofantes del racionalismo contemporáneo: contéplala en las encumbradas cimas del Evangelio y de la Filosofía Escolástica; muéstranos sus áureos fundamentos; estudia sus múltiples desarrollos en la vida privada y en la vida política y civil; nos descubre la deformidad de los falsos sistemas que la niegan ó pervierten; con invencible dialéctica nos lleva á la conclusión de que

aquella facultad preciosa ha menester leyes que la rijan, y demuestra cómo se magnifica y próspera bajo el manto de la fe divina y en su consorcio con la Iglesia católica.

Los Rectores y Catedráticos de las Facultades han secundado las miras patrióticas del Ministerio. He admirado la abnegación de quienes se han dado á las ciencias y á las letras, en medio de la lucha, cada día más recia, para proveer á las necesidades de la vida. En esa empresa, con todo, encuentran compensaciones muníficas los que persiguen un ideal, aquéllos que miden la importancia del tiempo en el curso de nuestra efímera existencia, y los que miran lo terreno como cosa de poca monta en presencia de los cielos inmensos que muestra la verdad á sus amadores. Estos estímulos, sin embargo, han menester de ordinario edad madura y experiencia en la caducidad de las cosas mundanas.

De ahí que me hayan parecido los jóvenes que han tomado los libros en estos tiempos, de más heroica talla que la de los obreros del tiempo de Nehemías. Estos, al regresar de su largo cautiverio á la ciudad santa, quisieron reconstruir sus murallas seculares, y mientras con la una mano colocaban los sillares, se defendían con la otra de enemigos que de continuo los embestían; pero la naturaleza les sonreía con sus viñedos y olivares, tenían en abundancia pan y vestidos, y tras las majestuosas cumbres del Hermón parecían asomarse con sus resplandores purísimos la estrella de Jacob, que había de marcar el ocaso de una civilización fundada en el politeísmo y en la servidumbre y la aurora de una vida nueva, inspirada y vivificada por la fe en un solo Dios y por la libertad que la Cruz había de conquistarnos.

Nuestros jóvenes obreros, de vuelta algunos de penosas campañas, han olvidado sus laureles para entregarse á los estudios, y todos, con espíritu generoso, han emprendido sus labores, porque á la vez que han anhelado recuperar el tiempo perdido, han visto que la Patria, más necesitada de buenos hijos que de empresas materiales, reclama, para su futuro engrandecimiento, el cultivo de la verdad y del bien en todos sus dominios. Ellos han oído esta voz, sometiendo-se á las privaciones y á sacrificios que impone la azarosa situación de la República, y en vez de ser halagados por

esperanzas en algo semejantes á las que enardecían el alma de los constructores bíblicos, acaso han temido que la compensación de sus esfuerzos sea un porvenir obscuro, ó descender á la tumba sin haber visto á Colombia resurgir de sus ruinas.

No me atormentan, por fortuna, estos temores, y ya que la ocasión se ofrece, propóngome desvanecerlos en este discurso, ora mostrando la necesaria é irresistible influencia y señorío de la Filosofía cristiana, reinante hoy en Colombia, en nuestra vida intelectual y civil, ora condenando ese amargo pesimismo que rehusa la mirada á todo horizonte de prosperidad en los destinos de la República.

III

Os parecerá extraño que hable ahora de ascensiones del alma hacia la verdad filosófica, cuando de ellas, se dirá, no puede depender la solución de los graves problemas que preocupan á los espíritus. Necesitamos, observan muchos, hacendistas que resuelvan la pavorosa cuestión económica; políticos y escritores hábiles que en la lucha de los varios y encontrados intereses de los partidos, salven las instituciones republicanas; legisladores diestros que den á nuestras leyes un organismo completo y armónico; hombres positivos que prescindiendo de especulaciones metafísicas cultiven las ciencias naturales y estudien nuestros veneros de riqueza; brazos robustos que desmonten bosques y saquen de las entrañas de la tierra los tesoros con que la Providencia dotó nuestro suelo; industriales, comerciantes y artistas, cuyo ideal sea el movimiento material exento de teorías y sistemas; literatos que abran nuevos rumbos á las aspiraciones de la moderna cultura y se inspiren en doctrinas amplias y fecundas, y, si se quiere, poetas que canten la belleza de nuestra naturaleza y las glorias nacionales, sin idealismos sutiles y en esfera libre de toda imposición tradicional, de esas leyes rigurosas que enervan los arranques del genio.

Así hablan á veces, ya no los que quieren apartarse francamente de las corrientes cristianas, sino muchos de los que, afligidos por el desconcierto y pugna en que hemos vivido, adoptan, sin advertirlo quizá, tendencias ora escépticas, ora de sabor positivista, ora de cierto eclecticismo en

que prima la acción utilitaria sobre la idea católica en todas las evoluciones de la existencia humana.

Este fenómeno, evidente hoy en Colombia, es ley de la Historia, la cual nos muestra en toda parte y en todo tiempo su aparición, por causas semejantes á las que han obrado en la marcha del pensamiento nacional. El afán no satisfecho de los hombres por el triunfo de la verdad, decisivo y pronto, ó sea, sin el proceso necesario en que ha de elaborarse, ha engendrado los desmayos de la duda; el desprecio de las cosas que se elevan sobre el mundo sensible y dignifican al hombre, ha conducido á la abyección naturalista, y en nombre de un pretendido sincretismo de todos los elementos intelectuales, morales y políticos que entran en la lucha humana, se ha levantado una escuela que sacrifica en los altares de la concordia los más caros intereses de la verdad.

Así en el individuo como en la especie, en el Municipio como en el Estado, la vida, el movimiento, el progreso y la decadencia dependen siempre de cierto grupo de principios é ideas directivas de las humanas voluntades. Nos es imposible, dada nuestra naturaleza, vivir sin pensar, y como el sentido común es guía ciego en los múltiples casos en que hemos menester el concurso de la razón ilustrada, no podemos prescindir, so pena de error y de precipitarnos en el abismo del mal, de las verdades fundamentales que son el alma de la conciencia humana, y de las disciplinas científicas reguladoras de las labores del espíritu. Desde los albores de su razón, el hombre debe tener nociones ciertas sobre su origen, su naturaleza y su destino, saber que hay Dios, y que en este universo, su morada transitoria y vasto campo de sus investigaciones, no puede existir á la aventura, sino que ha de encaminar sus pasos hacia un fin inmortal.

Entre todos los sistemas elaborados para estudiar y dirigir al hombre como sér racional y como miembro de la sociedad civil y política, para conocer las cosas que constituyen el mundo sensible y para elevarnos al concepto racional de Dios, ninguno es más verdadero, más completo, más amplio, más armónico y más bello que el contenido en la Filosofía cristiana, no como quiera, sino en la grandiosa forma escolástica, que, depositada por Dios en la estupenda mente de Aristóteles, hubo menester largos siglos para des-

arrollarse y crecer, y obtuvo su perfeccionamiento bajo la pluma, inmortal cual ninguna otra, de Tomás de Aquino, genio vasto que hubiera admirado al fundador del Liceo, que subyugó á Leibnitz, el espíritu más poderoso de los tiempos modernos, y que, tomando en la una mano la Escritura divina y en la otra el luminar de la razón, mostró á los siglos futuros la armonía y el señorío con que han de reinar en todas las inteligencias. Siempre hemos admirado las pirámides de Egipto, obra de una civilización esclava, y no hemos considerado que el monumento construido por la Escolástica es en el mundo del espíritu tan majestuoso y soberbio, que sólo tiene en la naturaleza un símbolo que lo represente: el sol, centro hacia el cual necesariamente gravitan los cuerpos de nuestro sistema. Al radiante centro escolástico se han dirigido y hoy mismo se encaminan los pensadores eminentes, los hombres superiores, y cuando de él se alejan, ó agotan estérilmente sus fuerzas ó se pierden en las tinieblas de errores funestos ó de hipótesis ridículas.

Consiste principalmente la importancia trascendental de la Escolástica en ser ésta á un mismo tiempo doctrina verdadera y soberana en orden á todas las humanas especulaciones, y método científico en que se consultan sabiamente las exigencias de la verdad y la naturaleza y condiciones del yo humano. Como doctrina, su tesoro es inagotable y riquísimo, porque ella reconoce á Dios y condena toda la labor antigua y toda la labor moderna para prescindir de Él ó confundirle con el mundo; contempla al hombre, obra clásica de la divina Omnipotencia, como un sér admirable en que viven substancialmente unidos la materia y el espíritu, destinado para conocer y amar eternamente; ve que el mundo ha sido creado de la nada y se rige por leyes sapientísimas cuya acción dirige el Artífice Supremo con providencia inenarrable; funda la ley moral, fuente del derecho humano, sobre bases divinas y eternas; adora á Cristo, camino, verdad y vida de la humanidad regenerada; defiende y ama á la Iglesia que nació de su divino Corazón para iluminar las inteligencias, sanar las heridas del pecado con el unguento celestial de la gracia y conducir las almas al reino de Dios, y estimula y protege así los vuelos del genio como los pobres anhelos del espíritu hacia la adquisición de la verdad y la posesión del bien.

Nace de aquí el dominio supremo de la Filosofía cristiana en todo departamento científico, en la Literatura, en la Historia, en el Derecho, en la Política y en el Arte. De ella emanan esas corrientes misteriosas que, penetrando en el hombre y en las sociedades, les advierten que han perdido el rumbo señalado á su destino y que es preciso abandonar los sistemas y teorías para que vivan y prosperen. Con el faro de la historia, la razón demuestra que toda labor humana, aun aquéllas que menos se rozan con los principios metafísicos, señala la huella del espíritu filosófico dominante.

IV

Háse creído que las ciencias exactas reemplazan ventajosamente á la ciencia filosófica. Admiramos ciertamente su lenguaje claro y preciso, que con un pequeño número de signos nos conduce con seguridad á los cálculos más complicados, á estudiar la estructura del universo y á apoderarnos de las fuerzas de la naturaleza, ó para hacer de ellas instrumentos terribles de destrucción, ó para utilizarlas en beneficio de las artes y la industria. Empero, ni las matemáticas ni las ciencias físicas conocen la esencia de las cosas que constituyen la parte material de sus estudios ni su fundamento y leyes trascendentales: ellas son por sí solas como los exploradores que viajan en regiones donde nunca se ve el disco del sol. Ese conocimiento está reservado á la Filosofía y de él no será despojada jamás.

Lamentábase cierto día un geómetra distinguido de no haber dedicado algún tiempo á los estudios metafísicos. Así habría podido, exclamaba, darme cuenta de los fundamentos, no menos soberbios que brillantes, del cálculo infinitesimal como salió del cerebro de Leibnitz. Aquel sabio tenía razón, porque las ciencias exactas reconocen su fuente altísima en las inquisiciones filosóficas, y de aquí que los genios de la Filosofía hayan sido siempre sublimes matemáticos: Platón, Aristóteles, Leibnitz, Newton, Pascal.

El exclusivismo de las ciencias exactas produce el desamparo de las facultades más nobles del espíritu humano, porque él pretende suministrarnos un ejercicio lógico bastante á sustituir á la dialéctica y al arte de pensar. Olvidan sus defensores que es limitado el objeto de las matemáticas,

la cantidad; que su lenguaje exclusivo sólo á ellas conviene, y que no comprende todo el razonamiento ni las múltiples formas que forzosamente reviste según los objetos á que endereza su acción.

La ecuación, como lo muestra su nombre, no pasa de una verdad á otra verdad, de una igual á otra igual. El geómetra exclusivo queda como deslumbrado al entrar en la región de las realidades morales, en el mundo de las almas, y sólo ve tinieblas, y, atribuyendo su propia ceguedad á exceso de luz, no reconoce que sus fórmulas, los únicos argumentos que acepta, no tienen valor alguno para resolver los grandes problemas filosóficos y morales. En tal situación prefiere suprimir esos problemas, y mira ensoberbecido como necesidad de la razón humana el entregarse á estudiarlos y resolverlos, so pretexto de que ha de concretarse, para averiguar la verdad y poseer la certidumbre, á estudiar las relaciones de los números y las leyes de los cuerpos. Esta es la escuela de Augusto Comte, más dañina que la de los antiguos pitagóricos, aunque para éstos la virtud era también una expresión numérica.

Vendrá un día, decía Leibnitz, el más grande de todos los matemáticos, en que el hombre, conociéndose á sí mismo, reconozca el valor de una santa Filosofía y dé á los estudios matemáticos una dirección en parte fundada en la mayor severidad de un juicio mejor dirigido, en parte en el conocimiento del prototipo de la belleza; en que las nuevas investigaciones naturales sirvan á la glorificación del Criador; en que todos los estudios se ordenen y dirijan á la consecución de la bienaventuranza.

La Escolástica es la mejor maestra de las especulaciones matemáticas, ora á causa del método deductivo cuyas leyes les enseña, ya para que no degeneren en aberraciones racionalistas. ¡Cuántos espíritus, de otra parte amantes de la verdad, se han figurado que el infinito real existe en el tiempo, en el espacio, en los agentes dinámicos, en la materia cósmica, en los elementos químicos, y hasta han visto en Dios una integral! Si ellos hubieran reflexionado sobre las diferencias enormes, señaladas por la sana Filosofía, que existen entre el método y su objeto, entre los trazas de que se sirve la mente para hallar la verdad y la verdad misma,

habrían respetado la fe religiosa y el dogma filosófico que nos dicen que sólo Dios es infinito.

Este magisterio se extiende, con mayor vigilancia quizás, á los que se dedican á la vasta ciencia del cuerpo humano y de los medios de curar ó de aliviar sus dolencias, á causa del peligro en que ellos se hallan de reducir el sér humano á un puro mecanismo material y de dar de mano al orden supra-sensible. La Escolástica, impulsadora de los estudios médicos, reconoce y admira la estructura del edificio humano, la sabia disposición de su base y de sus columnas, arcos y bóvedas, y sabe muy bien que bajo la bóveda del cráneo, el cerebro espera las impresiones de los cuerpos, qué funciones desempeñan los nervios y los músculos, y cómo bajo los arcos del pecho se agita el corazón, océano en pequeño cuyas móviles riberas regolfan sin cesar las ondas negras y empurpuras que le llegan. Ella estudia los sentidos exteriores y las relaciones con su objeto, y, después de contemplar al hombre en su lenguaje, en sus virtudes, en sus pasiones, en su amor y en los destellos sensibles del genio, demuestra que ese maravilloso organismo vive en unión perfecta é íntima con una substancia espiritual, castillo diamantino de diversas moradas, como la llamaba Teresa de Jesús, que tiene el secreto de la vida, de la sensibilidad, del amor y de la razón.

En el anfiteatro y en los laboratorios, en el lecho de los enfermos, siempre y dondequiera, el estudiante de medicina examina este organismo tan complicado del cuerpo humano y los fenómenos que allí pasan en la salud y en la enfermedad, y eso con los medios de observación sensibles, allá con el escalpelo, aquí con otros instrumentos que el arte ha inventado para suplir la imperfección de los sentidos. El hombre intelectual y moral, el alma y sus facultades, se le revelan también, es verdad, pero en su estado de dependencia respecto del cuerpo, en sus debilidades y desfallecimientos y en su lucha final. El médico más espiritualista es impotente á veces para resistir el oleaje de los elementos materialistas; se halla tentado á extremar la fuerza de las causas físicas y á desdeñar los resortes morales, y de ahí la solicitud con que ha de prepararse con serios estudios de Filosofía quien desea abrazar la noble carrera del médico. ¡Infeliz medicina aquélla que mata la fe religiosa, que desconoce la dignidad

humana, y que, desconcertada ó pusilánime ante el lecho del enfermo, no enjuga sus lágrimas con esperanzas inmortales!

Base, fundamento, alma y esplendor del Derecho, de la Legislación y de las Ciencias políticas son las doctrinas filosóficas. A éstas corresponde dar principios y demostraciones exactas, fundadas en la naturaleza espiritual del hombre y en su altísimo fin, sobre la justicia, la libertad, el deber, la obligación, la ley, el origen del poder público, la sociedad, el orden político y la constitución y fin del Estado. Sistemas sin cuento, arbitrarios unos y absurdos otros, se han formado sobre estas materias en el campo del racionalismo, de los cuales han nacido esas legislaciones tiránicas, esas revoluciones cruentas que han arrastrado á los pueblos á su ruina. No envidiable gloria han alcanzado en el desquiciamiento de la Moral y del Derecho los nombres de Hobbes, Spinoza, Rousseau y Bentham, en la inmensa turba de los sofistas; pero en frente de ellos se alza, esplendente y robusta, la Escolástica, representada por Tomás de Aquino, por Suárez, por Domingo Soto, insigne maestro de Fray Cristóbal de Torres, por Bossuet y por otros sabios de primer orden, de cuya pluma han salido las más sabias doctrinas jurídicas y hermoso y lleno de vida el ideal de la República cristiana, fundado en el respeto recíproco del derecho humano y en el reconocimiento de la soberanía de Cristo sobre gobiernos y pueblos. Jamás el genio poderoso de Platón hubiera soñado, en su anhelo de crear un Estado feliz una concepción semejante á la de esos eminentes Doctores.

El estudio del Derecho es un estudio abstracto que demanda el ejercicio inteligente de las facultades lógicas, y si hay ciencia que en sus cotidianas aplicaciones necesite recursos dialécticos, la del Derecho se aprovecha variamente de ellos para alcanzar sus triunfos más celebrados. Con la antorcha de la Filosofía el jurista interpreta el sentido de la ley y lo aplica acertadamente, sirviéndose de silogismos perfectos en que brillen la razón y la justicia, vestidos á la vez con las galas de las letras y de la elocuencia forense. Con lógica más severa y mejor utilizada Savigny no se hubiera expuesto en su magna labor sobre el Derecho Romano á la crítica formidable de Von Yhering, y si Garraud, autor ecléctico muy nombrado de Derecho Penal, hubiera bebido sanas doctrinas en fuen-

tes cristianas, no hubiera negado el origen y plan divinos de la sociedad, ni borrado de su obra los delitos contra la Divinidad y el culto religioso.

Hay dos ciencias nuevas, á las que Leibnitz, sin embargo, dio en el siglo XVII certero impulso, cuyos adoradores pretenden divorciar de las disciplinas filosóficas y cristianas y convertir en panacea de todos los males de la humanidad y en carro de progreso: la Sociología y la Economía política. Empero, la primera no da un paso sin el arrimo de la psicología y de la antropología escolásticas, porque ella no es otra cosa que el pensamiento filosófico aplicado á las funciones de la vida social. La Economía política degenera en teorías estériles y positivistas, cuando no en el caos del socialismo, si la Escolástica no le señala el verdadero fin del hombre y de las cosas que Dios le ha dado para vivir y adelantar, ni le enseña el concepto científico de la riqueza y cuáles son las relaciones correctas que median entre el capital y el trabajo y entre el empresario y el obrero. Llena está la Europa moderna de economistas y sociologistas que han fracasado en la empresa de suplantar con sus lucubraciones la idea católica, á tiempo en que de los labios de León XIII brotan, cual torrentes de luz, las grandes doctrinas que resuelven la cuestión económica y refrenan las violencias de las sociedades comunistas y anárquicas.

Ya desde mediados del último siglo, quejábase en Francia, en importante memoria, el ilustre decano de la Facultad de Derecho de París, Mr. Pellat, de dos graves males observados por él en los alumnos: la ignorancia de la lengua latina, que les hacía incapaces de conocer los textos más elementales del Derecho Romano, y una flaqueza tal en el desarrollo intelectual, que se les veía impotentes para comprender una idea abstracta algo elevada y de reproducir un razonamiento poco complicado. Faltábales, ciertamente, fuera de la lengua de la Literatura y de la Jurisprudencia, el arte de pensar con que la Escolástica alecciona á sus discípulos.

Si del universo del Derecho volvemos la vista á la Historia, no nos interesará menos la influencia de la Filosofía cristiana. La Historia no ha conservado su forma primitiva: de simple relato que era, pasó luégo á elucidarlo con reflexiones morales y políticas, y, circunscrita al principio á la

vida de un pueblo, ha acabado por abrazar todos los pueblos y aun la humanidad entera. A la vez narrativa, política y filosófica en su forma, parcial, original y universal en su objeto, ella no ha ganado menos en profundidad que en extensión, la cual abraza la industria, el comercio, la literatura, las artes, las ciencias y la filosofía.

Para que la Historia sea maestra de la verdad y educadora del espíritu humano, no una compilación arbitraria de sucesos, ha de regirse por las leyes de la Lógica y por un elevado espíritu de investigación. Sólo á la Filosofía corresponde resolver el grave problema de la certidumbre histórica, hacer la crítica serena de los hechos, rectificar las aserciones aventuradas ú opuestas, restablecer las autoridades, descubrir los principios y reconocer las reglas que de ellos se originan. Iluminada por la Filosofía, la Historia ve en los hechos y en los individuos la expresión de verdades trascendentales. ¡Cuántas reflexiones no sugieren los nombres de Aristides, Régulo, Escipión, San Luis, Juana de Arco y San Vicente de Paúl! Sin aquella luz, la Historia no sería tribunal supremo que juzga de las acciones humanas, ni sanción poderosa de las leyes morales, ni escuela de sabiduría práctica. En el orden humano, las ideas son las verdaderas causas de los hechos; ellas hacen las revoluciones, trastornan los Gobiernos y los tronos y forman parte de este poder soberano que se llama la opinión; por lo cual toca al filósofo, que penetra en la esencia y en el alcance de las concepciones del espíritu humano en el proceso histórico, estudiarlas y analizar sus fines, para dirigir las rectamente y para sacar de ellas provechosas enseñanzas.

Uno de los pensamientos que preocupan constantemente á los hombres es la idea del combate incesante que desde la cuna del mundo existe en todo pueblo entre el bien y el mal. En Colombia hemos experimentado este duelo que á veces ha tomado las proporciones de suprema angustia. Heródoto y Tácito deploraban la envidia de los dioses que se complacían en abatir las grandezas de la tierra, y toda la antigüedad gentílica gemía bajo la creencia de una fatalidad implacable. Del fondo del cristianismo surgió la luz para resolver este gran problema, al enseñar al mundo la idea consoladora de una Providencia que prueba y recompensa, que es paciente y castiga, y que en medio de los desastres y de los

escándalos de la prosperidad asegura infaliblemente la moralidad de los negocios humanos.

Aquella idea sublime tomó vuelo infinito en el genio del filósofo de Hipona, quien en la *Ciudad de Dios*, concepción maravillosa de fama imperecedera, nos presenta el cuadro de la lucha humana, y á Dios desde lo alto de los cielos con las riendas de todos los imperios y con señorío soberano en todos los corazones. Agustín contempla la humanidad degenerada dividida en dos inmensos bandos, ve su marcha al través de los siglos, y formula en toda su profundidad y belleza la ley del progreso, cuyo término perfecto y esplendente se halla en la posesión del bien infinito. Al fenómeno evidente de la existencia en el mundo de los buenos y de los perversos corresponden las dos direcciones históricas, los dos esfuerzos que tienden á edificar dos ciudades, la una de prosperidad por la corrupción y la otra de prosperidad por la justicia.

No busquéis fuera de la Filosofía cristiana ideas consoladoras y fecundas sobre el desenvolvimiento y vicisitudes del destino humano. Vico y Bossuet se inspiraron en la grande obra de Agustín, y fuera de las inquisiciones católicas sobre tan alto asunto, no encontraréis sino las hipótesis miserables de Voltaire ó las fantasías nebulosas de Herder y de Hegel. Hallaréis acaso dificultades aparentes que ofusquen vuestra mirada hacia los cielos, pero la Filosofía puede deciros con el poeta :

Omnem quæ nunc obducit aëni
Mortales hebetat visus atque humida circum
Caligat, nubem eripiam.....

(VIRGILIO, *Eneida*, lib. II).

Es bien sabido que las letras humanas no solamente ilustran el espíritu y suavizan el carácter desarrollando en el hombre el sentimiento de lo bello, que es el del orden de la conveniencia y de la medida, sino que le hablan de sí mismo y de las cosas. Las lenguas, organismos científicos formados por leyes profundas, le abren la entrada al templo de todas las civilizaciones. ¡Qué de secretos, qué de luces inesperadas han descubierto los que han estudiado á fondo, con método filosófico, las lenguas en sus raíces, en su formación, en su parentesco y en su admirable estructura!

La poesía canta los sentimientos, las pasiones, los pensamientos de la humana voluntad en sus movibles y brillantes cuadros, en sus fábulas y sus ficciones, y si se espacia en el campo de la naturaleza, no es poesía sino á condición de vivificarlo y de animarlo todo y de ofrecer un reflejo de la vida humana en los objetos físicos. El hombre ha menester excitar las voluntades, remover las almas, y para ello se dirige sobre todo á sus ideas, á sus pasiones y á sus intereses, sirviéndose de los irresistibles resortes de la elocuencia.

La historia de la literatura en todos sus ramos constituye un testimonio magnífico del poder que en ella ha ejercido el pensamiento filosófico. Poetas y filósofos fueron á la vez Homero y Hesíodo, Sófocles y Eurípides, Dante y Petrarca, Schiller y Goethe. Lucrecio y Horacio son los cantores del epicureísmo; Juvenal y Lucano son discípulos del Pórtico; Corneille y La Fontaine muestran las huellas del cartesianismo; Molière se inspira en las ideas de Gasendi, y el *Ensayo sobre el hombre* de Pope es una tesis del optimismo leibnitziano. Quien no comprenda los sistemas filosóficos será impotente para conocer las obras del genio literario, y esta incapacidad será abrumadora, para quien no esté siquiera iniciado en la Filosofía Escolástica, cuando en la *Divina Comedia*, el primero de los poemas cristianos, le sorprenda alguna de las notas celebérrimas en que el vate florentino canta los dogmas profundos de la Escolástica:

Ogni forma sostanzial, che setta
È da materia ed è con lei unita
Specifica virtude ha in se colletta,
La qual senza operar non è sentita,
Nè si dimostra, ma que per effetto,
Come per verdi fronde in pianta vita.

(DANTE, *Purgatorio*, Canto XVIII)

Rinden cuantioso tributo á las doctrinas filosóficas el tecnicismo de todas las ciencias y las lenguas vulgares. Los sabios hablan de substancia, accidentes, fenómenos, leyes, causas, naturaleza, esencia, principios, de lo absoluto, de lo relativo, de la inducción, de lo contingente y de lo necesario y de otras ideas metafísicas; los escritores y literatos nos regalan con los términos de ideal, real, finito, infinito, subjetivo y objetivo, y hacen la crítica de las obras litera-

rias según el pensamiento ó sistema que en ellas predomina, y ¿quién no oye hablar en todas partes de análisis y síntesis, de axiomas y conclusiones, de premisas y sofismas? Puede decirse que el diccionario filosófico es el alma de lengua universal.

El desconocimiento ú olvido de las relaciones íntimas que existen entre las ideas y su expresión adecuada y de las formas legítimas de la belleza literaria, ha dado origen á una escuela que muy en armonía con su espíritu se ha denominado *decadentismo*. Nada más antifilosófico que esta tendencia, verdaderamente anárquica. Ella acusa, además, profundas dolencias morales: la soberbia, que rehusa el magisterio del pensamiento y las hermosas tradiciones literarias; el prurito de una originalidad insensata, y más que todo, la conquista, que Hegel no hubiera imaginado, del racionalismo y del libertinaje en el campo de las letras, para que no brillen jamás el genio, la verdad y la virtud. Si Larrousse, el autor del *Gran diccionario*, que yo llamaría espejo inmenso de ignorancia, de sofisteria y de odio sectario, hubiera conocido esta enfermedad, su obra habria sido el ejemplar perfecto del espíritu revolucionario en todas las esferas del pensamiento.

Si en las labores literarias y científicas es la Filosofía cristiana preceptora suprema, su misión de inspiradora y maestra del arte no puede arrebatarse sin que éste degenera en copia servil de la realidad, cuando no en escándalo de la virtud. La belleza tiene su ideal en Dios y no esparce sus rayos purísimos en la mente del hombre, si se halla entenebrecida por la duda, ó de alguna manera se aleja de la verdad, que es su fundamento. A la Filosofía corresponde dar el concepto científico de lo bello, analizar sus elementos, señalar sus amplios dominios, prescribir sus reglas y dar á conocer sus peligros en los embates de las pasiones humanas.

Beethoven es el genio más encumbrado del arte musical: en sus concepciones estupendas se adivina el proceso filosófico de la inspiración, que él coronaba, como católico ferviente, con un himno de alabanzas al Dios de las infinitas armonías.

¡Cuánto imperio tiene la especulación filosófica en el

mundo religioso y moral, y cómo sirve á la Teología, reina y señora de todo saber: para que el sol de la razón divina pueda iluminar suavemente el entendimiento humano, pobre de suyo para mirar de frente los arcanos infinitos! La presente generación ha mirado con odio unas veces y otras con desvío los estudios teológicos y la dialéctica cristiana, y de allí esos libros, esos discursos, esas controversias del racionalismo, donde compiten la mala fe y la ignorancia. La exégesis y ciencia protestantes causan lástima, y sin embargo los hijos de Lutero pretenden educar á la juventud colombiana.

V

Quisiera hablaros, señores, de las excelencias de la Escolástica, desde el punto de vista de su método, si no temiera dar á este discurso extremadas proporciones; mas no puedo prescindir de señalar brevemente las más notables.

Créese que la Escolástica es un necio ergotismo, un sistema de sutilezas, un formulario de términos pueriles y pedantescos. Los que así piensan y rien no conocen la historia del pensamiento humano, pues que confunden la Escolástica degenerada y estéril, con la que brilló con esplendor nunca soñado bajo la pluma de Alberto Magno, Vicente de Bauvais, Tomás de Aquino, Hugo de San Víctor, San Buenaventura, Suárez, y de los grandes genios cristianos. Aseméjase esa conducta á la de aquéllos que despreciarían las obras de Fidias y de Miguel Angel, en vista de los mezquinos modelos del arte bizantino.

La Escolástica á cuyos primores me refiero reconoce que existe un orden de verdades objetivas que son objeto de la ciencia y de la vida del hombre; cree firmemente que, no obstante la limitación del conocimiento, la verdad, en cuanto destinada á dirigir á la humanidad, no es una incógnita; acepta la enseñanza tradicional, porque no presume, como imaginó el cartesianismo, que cada hombre se basta á sí mismo; enseña que el entendimiento llega á la verdad por medio del conocimiento progresivo que le brindan la abstracción, la deducción y la inducción, tan preconizada como propiedad suya por la ciencia moderna, y, muy lejos de amenazar, estimula y encauza la inteligencia intuitiva, las miradas luminosas, las inspiraciones, las ideas felices, los dones de la

inteligencia. Los pensamientos profundos ó trascendentales son para ella como puntos brillantes que han de ser conducidos y relacionados por el sabio tejido del pensamiento racional y aplicados al proceso científico mediante la reflexión silogística, absurdamente combatida por el espíritu contemporáneo, que muestra marcada antipatía á todo discurso racional y concluyente.

Nada comparable á las disciplinas escolásticas sobre la manera de estudiar las cuestiones y de ejercer el alto magisterio de la enseñanza. La tesis ha de ser clara y precisa; á la elucidación de sus antecedentes y de su forma concurren la Historia, la Filosofía, la Crítica; ha de ser examinada, á modo de piedra preciosa hallada al acaso, por todos sus aspectos y razones, y, sentada la conclusión, el entendimiento va al campo enemigo para hacer pedazos las armas que la combaten. Y en cuanto al magisterio, éste exige que quien desee poseer la verdad, llegue á ella por esfuerzo propio, al cual ha de concurrir el maestro para excitar la actividad del discípulo. El olvido de este método precioso ha producido la eliminación de la Escuela en su sentido racional y técnico. Aun en los países que se ufanan de instrucionistas, hoy no hay propiamente discípulos sino oyentes.

Y con ser sapientísima la Escolástica en las disciplinas intelectuales, la nota que más la enaltece es su propósito inquebrantable de fundar en la Religión Católica la formación de la juventud, de hacer caracteres, es decir, hombres que no se dobleguen al más ligero viento de falsas doctrinas, y de cultivar esmeradamente, en la floresta de las virtudes cristianas, la humildad, para que busquemos la verdad sin desconocer los límites de la ciencia, la Autoridad divina y la de su Representante en la tierra.

Cerca del pozo de Jacob, el Salvador habló de aquellas fuentes divinas de la gracia que manan sin cesar hasta la vida eterna, cuyas aguas apagan para siempre la sed que devora á la doliente humanidad. La Filosofía escolástica, natural y espontánea eflorescencia de la religión de Jesucristo, satisfará nuestro anhelo de la verdad hasta la consumación de los siglos.

En la historia del pensamiento colombiano, que no ha tenido aún su edad dorada como algunos pretenden, pode-

mos contar dos grandes períodos : el colonial y el republicano. En el primero aprendieron nuestros padres á amar á Dios y á la Patria, bajo el manto de la Virgen del Rosario, y las ciencias humanas á la luz de las doctrinas del Angel de las Escuelas. En el segundo, la Filosofía Cristiana vióse primeramente invadida por el espíritu revolucionario que imperaba en Europa, y luégo reemplazada en la región oficial por el sensualismo de Condillac, por el utilitarismo benthamista y por teorías eclécticas. A este movimiento ha sucedido el del reinado de la Filosofía escolástica, que no cuenta aún cuatro lustros, pero que tiene asegurada larga y próspera vida en el alma de nuestra juventud. Esta, valiente y abnegada como las legiones romanas, posee también facultades poderosas para la investigación filosófica en el campo espiritualista y está llamada á dar días venturosos á la República con sus labores, y, sobre todo, con la práctica de las virtudes cristianas.

VI

Si el tiempo actual fuese de transición de la barbarie á la cultura cristiana, habrían de mostrarse indecisos por largo tiempo los horizontes de las esperanzas nacionales. La tarea presente, ya que la paz nos muestra sus fulgores, se reduce á practicar fielmente las instituciones que se han salvado en la pasada lucha, á reemplazar con el trabajo el tiempo perdido, á dar á Dios un culto más amplio y fervoroso, á regar por dondequiera las semillas de la verdad, y á sustituir el espíritu positivista y sectario de las luchas políticas por el espíritu de Cristo. El gozo del merecimiento, así en las cosas de la tierra como en las del orden divino, está, según la sublime frase de Teresa de Jesús, en obrar, en padecer y en amar. Al amparo de la Filosofía cristiana se apagará el fuego de las revoluciones, las ideas tomarán direcciones saludables, se encarnará en nuestra alma el verdadero concepto de patria, sobre el cual han difundido ideas caliginosas los inventores de la patria universal, y tendremos hombres hábiles para todas las carreras.

La Filosofía enseña al hacendista que ha de buscar con buena lógica la armonía entre los rendimientos del Erario y las necesidades del servicio público, é inquirir las causas que producen el acrecentamiento de la riqueza nacional.

Aliada con la Moral y con la Religión, le abre vías nuevas de prosperidad, demostrándole que ésta depende más de pulcritud en la administración financiera, que de teorías y sistemas. La Política, divorciada de la Filosofía, es caos de intereses egoístas y de pasiones de bando, donde se eclipsa la luz del patriotismo y sufren torturas temerosas la verdad y la justicia. ¡Cuánto nos importa en estos momentos solemnes comprender que la paz de Colombia no consiste en haberse apagado el fuego del cañón, sino en la concordia de las voluntades, en el sacrificio de intereses personales en los altares del bien general, en no convertir las corrientes de la opinión, serenas siempre en las conciencias houradas, en ríos impetuosos de odios y venganzas!

Las Matemáticas y las Ciencias Naturales, la Legislación y la Literatura, la Poesía y el Arte, recibirán entre nosotros vida y brillantez de la Escolástica, si la cultivamos con espíritu generoso é imparcial, elevándonos sobre las sugerencias del respeto humano, que en materias filosóficas desempeña, como en la esfera de la virtud, papel desastroso. Al lado de los campeones del pensamiento, es edificante y hermoso espectáculo el ejercicio fecundo de las fuerzas físicas, porque ellas concurren, hábilmente dirigidas, al bienestar humano y á la obra de la Ciudad de Dios.

Acaso entre los pueblos descendientes de sangre latina, en ninguno tienen más imperio y atractivos lo grande y lo bello que en el nuestro. En las aras de la poesía depositamos las primicias del espíritu; las luchas de las ideas tienen para nosotros más encantos que para los romanos los combates de sus gladiadores; en las páginas de la historia despide á nuestros ojos más brillo la espada de los grandes Capitanes, Milcíades, Pompeyo, Bolívar, que entre sus propios soldados; el arte de Gutenberg, poder soberano, nos arrastra á la salvajez vandálica, ó nos eleva á las alturas del heroísmo, y la Religión Católica, universo incomparable de todo lo grande y de todo lo bello, es como la forma substancial del genio colombiano. Ella nos remonta á los cielos para contemplar la gloria de Dios y de sus santos; nos inspira el culto fervoroso que les tributamos, y hace que derramemos á torrentes los dones de la caridad y de la beneficencia.

El pesimismo, que condena al hombre á llorar y á cru-

zarse de brazos, es antifilosófico y opuesto á las enseñanzas evangélicas. El trabajo no puede tener treguas en este lugar de destierro y de prueba. Siempre hemos menester el pan del cuerpo y el alimento espiritual, y si es halagador y deleitoso segar mies abundante, la esperanza de lograrlo, que no ha de faltar al sembrador cristiano, quiere perseverantes esfuerzos. ¿Qué lección más funesta podríamos dar á nuestra juventud que la de verlo todo perdido, ó la de mostrarle como único norte de grandeza y gloria el satisfacer la horrenda sed de oro, que cual azote endémico hace estragos en todas partes? ¿No han de tener ahora precisamente los ideales cristianos noble desenvolvimiento?

Hemos oído repetir á menudo que nuestra Metrópoli es la Atenas de la América española. No es ésta la ocasión de examinar la legitimidad de tal título, desde el punto de vista exclusivamente literario y artístico. Aquel gran centro de cultura, llamado por Herder el paraíso más bello del espíritu humano, no puede ser ejemplar de la República cristiana, porque en su época floreciente, el áureo siglo de Pericles, reinaba el paganismo con todos sus vicios. Allí no brillaron genios como Tertuliano y Lactancio, Dante y Justiniano, ni ha tenido ni tendrá en medio de sus ruinas seculares su asiento majestuoso la cátedra augusta de la Verdad. Sin dejar de estudiar y de admirar las obras clásicas de la cultura helénica, aspiremos á que la capital de Colombia sea la Roma católica del Nuevo Mundo.
